

otros, una parte importante de nuestro tiempo: la alabanza comunitaria del Oficio Divino, la Lectio divina y la oración personal. La búsqueda de Dios en su Palabra es la meta de la Lectio divina, que es el trabajo diario de las monjas. Toda la tradición monástica es unánime en alabarla y verla como el álveo de nuestra vida espiritual.

Para nosotras la celebración litúrgica es la cumbre de toda nuestra vida monástica, de manera que en ella se nutre, se inspira y conduce a ella. Esta actitud hacia ella debe estar marcada por la vocación monástica y por la interioridad a la que nos llama la Regla de san Benito que hemos profesado.

La celebración litúrgica nos impulsa por sí misma a la meta de nuestra vida monástica: la búsqueda de Dios. Esta vida litúrgica tiene su centro en la Eucaristía conventual que se irradia y extiende a lo largo del día en los distintos espacios de la Liturgia de las Horas.

Nuestra comunidad, situada en medio del ruido ensordecedor de la carretera de Logroño, evangeliza desde su oración y desde su digna celebración de la liturgia, lo cual es siempre cauce de profundo apostolado monástico, así lo expresó Pablo VI en la Abadía Benedictina de Monte Casino el 24 de Octubre de 1964 cuando proclamó a san Benito Patrón de Europa.

Vida de trabajo

El trabajo ha ocupado y ocupa en nuestra vida un lugar importantísimo. La reglamentación de que es objeto en nuestra Regla así lo indica. Especialmente el capítulo 48 titulado «del trabajo manual cotidiano» establece un sano equilibrio que ha caracterizado desde siempre la vida monástica como alternancia entre trabajo y oración.

Asegurar la alternancia entre lectio divina, celebración litúrgica y trabajo es fundamental, e indica el equilibrio que caracteriza nuestra vida de benedictinas. El trabajo está en armonía con nuestra vida monástica sin sobrepasar los límites de tiempo y de espacio que impidan que el centro de la comunidad sea la sagrada liturgia. Hoy tiene un sentido de solidaridad con el mundo y de testimonio de subsistencia. Vivir del propio trabajo es garantía de independencia.

Vida comunitaria

Las relaciones fraternas tienen un puesto de honor en nuestra comunidad monástica. Formamos una familia de hermanas congregadas con la noble pretensión de ayudarnos en esta andadura hacia el ideal apostólico de vivir amándonos, formando un solo corazón y una sola alma. Esta caridad fraterna que nos cohesiona se expresa, según la Regla de san Benito, por el respeto mutuo, la mutua obediencia y por el servicio. Y este conjunto se halla sometido a un orden, que siempre debe ser generador de armonía y de paz.

Hoy vivir en común, aceptando una común disciplina y un horario fijo, puede ser uno de los mayores testimonios que estamos llamadas a dar en la comunidad

cristiana de Aragón; un testimonio que está indicando la meta a la que tendemos cuantas hemos ingresado en la vida monástica, con la única finalidad de responder a la llamada divina que ha resonado en nuestros corazones.

Sentido de nuestra presencia para la comunidad cristiana de Aragón

Nuestra primera y específica forma de participar en la nueva evangelización ha de ser una fidelidad generosa a nuestra vocación contemplativa, que nos permite estar cerca, en el corazón de Cristo, de todos los anónimos buscadores de Dios. Es una irradiación que difícilmente sabemos valorar, pues se trata de una «secreta fecundidad apostólica» (P.C.nº 7). Dios nos da a veces signos de una influencia misteriosa, pero normalmente es mediante la fe como creemos en la eficacia de nuestra «vocación» de contemplativas en la comunión de los santos.

Con todo, al lado de la irradiación que es algo hacia afuera, existe una atracción hacia adentro. Son numerosas las personas que vienen en busca de un sentido para sus vidas en un mundo que ha perdido sus mojones. Lo más importante que encuentran en nosotras es una comunidad, un lugar de acogida, una calidad de celebración y de escucha, un clima que les predispone a abrirse al misterio: que es cuanto la estabilidad nos proporciona y nos convierte (en la frontera entre dos siglos), en signos vivos de la trascendencia y de la proximidad al mismo tiempo. San Benito, en el capítulo de su Regla que dedica a la recepción de los huéspedes, recomienda que se les acoja «con toda humildad» (RB 53,9).

La comunidad Cristiana de Aragón en la nueva Evangelización, tiene necesidad de nuestras comunidades monásticas, donde la comunión trinitaria se hace más accesible gracias, al calor respetuoso de una comunión humana, de una familia humana que es «casa de Dios», donde descansa la paz de Cristo, fruto del Espíritu y del Evangelio, donde la caridad se verifica en una escala de vida. En definitiva, lo que nuestra presencia quiere comunicar a la Iglesia de Aragón son los bienes evangélicos de la caridad, la paz, la oración, la humildad, la esperanza, frutos del Espíritu Santo que nos convierte a todos en apóstoles de la nueva evangelización, en el sentido expresado en estas palabras de Juan Pablo II en el Monasterio de Monte Casino:

«Venid a recobrar la paz y la serenidad, la ternura de Dios y la amistad con los hombres, para poder volver llevando la esperanza y el deseo de hacer bien a las frenéticas metrópolis del mundo moderno, en medio de las angustias de tantas almas atormentadas y desengañadas».

Queremos sentirnos cerca y ayudar a que las familias de Aragón se conviertan también en «casas de Dios», donde se pueda rehacer la urdimbre cristiana de nuestra sociedad.

Terminamos con estas palabras de Pablo VI en su testamento: «Por lo que se refiere al mundo: no se debe pensar en ayudarlo siguiendo sus modos de pensamiento, sus hábitos y sus gustos, sino estudiándolo, amándolo y sirviéndolo».

Los jóvenes rurales. Apuntes para una pastoral entre los jóvenes

Rev. Aragon. Teol. 6 (1997)

Carmelo Pérez Pérez y José Guarc Pérez

Introducción

Las previsiones de población en el Aragón del año 2000 no son en absoluto halagüeñas. Y el empobrecimiento demográfico podría no ser sino el adelanto de otros empobrecimientos. Los últimos datos facilitados por el Consejo Económico y Social de Aragón, CESA, aseguran que la comunidad aragonesa tendrá en el año 2000 no más de 1.170.000 habitantes. Entre los años 1981 y 2001 la población residente en Aragón habrá descendido en 1,9 %, en contraste con la población general del país que en el mismo período experimentará un aumento del 6 %. En el año 2001, Aragón contará con 67.000 jóvenes menos de los que tiene hoy.¹

La población joven entre 15 y 30 años en el Aragón rural (nos referimos a todos los municipios de la región exceptuadas las capitales de provincia) se distribuye de la siguiente forma: provincia de Teruel, 20.707 personas; provincia de Huesca, 3.634 y provincia de Zaragoza, 48.741. Los jóvenes entre 15 y 30 años en los municipios aragoneses de menos de 5.000 habitantes, son en la actualidad 62.202.²

Referirnos a los jóvenes acotándolos por la simple referencia biológica es relativamente sencillo. Más complicado es definir los rasgos de la condición juvenil. Para confeccionar su retrato sería necesario tener la habilidad de un Goya que en un mismo momento aprieta y suelta el pincel, utilizando a veces los dedos o la espátula y poseer también su maestría para los retratos, hechos mediante pinceladas sueltas liberadas de la línea. Y es que la juventud no puede ser considerada hoy como una realidad homogénea sino diversa y plural. Los intentos de clasificar a los jóvenes en diversos tipos no es, en definitiva, sino una herramienta que nos permite acercarnos a ellos con una mayor capacidad de comprensión.

El informe de la Fundación Santa María del año 1994 sobre los jóvenes españoles clasifica de esta manera a la juventud española: «sin sentido, pasota»: 10 %; «integrado»: 34,42 %; «postmoderno»: 24,3 %; «reaccionario»: 15 %; «radical»: 2,17 %; «conservador liberal»: 13,86 %.³

¹ CESA. Informe anual.1995.

² Gobierno de Aragón. Boletín de Información Estadística.933

³ ELZO, Javier y otros. "Jóvenes españoles 94". Fundación Santa María.

Las diferencias existentes entre los jóvenes con distintas «visiones del mundo» son mayores que las que pueden existir entre ellos por su condición de sexo, clase social, origen rural o urbano, niveles de educación o posicionamiento político.

Pretendemos aquí aproximarnos al conjunto formado por los jóvenes rurales y queremos señalar que el hecho de la ruralidad no es algo insignificante en la vida de los jóvenes de nuestros pueblos. En primer lugar porque su infancia ha sido marcada por este condicionante positivo (ambiente familiar, amigos, costumbres locales, primera educación de la fe, etc.) del que hoy vemos en parte despojados a los niños, trasladados muy pronto a los centros de enseñanza de las cabeceras de comarca.

Los jóvenes rurales, incluidos los trasladados por motivos de estudio a las capitales de provincia, mantienen una fuerte vinculación con sus respectivos pueblos, no sólo a través de la familia sino principalmente mediante sus amigos, manteniendo ciertos rasgos del que podríamos llamar «universo simbólico» del medio en el que han crecido y con el que se hallan vinculados.

Y es que los jóvenes del mundo rural no son distintos de los del medio urbano en cuanto jóvenes, sino en cuanto habitantes de un medio. Y el medio configura en gran medida el modo cómo se le presentan a la persona los problemas y la forma de resolverlos.

Pongamos un ejemplo: el acceso al trabajo es un problema de la sociedad actual y especialmente de los jóvenes. En el mundo rural la propiedad de la tierra o del ganado, que está normalmente en manos del padre, condiciona en ocasiones la posibilidad de acometer mejoras para modernizar y hacer viables las explotaciones. Los jóvenes emprenderían muchas veces esta tarea de modernización pero encuentran el impedimento de la voluntad del padre.

Podríamos señalar igualmente otros problemas que afectan a la juventud rural en cuanto a su permanencia y trabajo en el campo, tales como la dificultad de acceso de los jóvenes al mercado de cuotas de producción, de su dificultad para acceder a cursos de capacitación ya que suponen el abandono del lugar, de la mala imagen que se da en nuestra sociedad del agricultor y de la agricultura, etc.

Los jóvenes como reflejo del mundo de los adultos

Los jóvenes actuales son hijos de aquella generación que en las décadas de los 60 y 70, rechazó toda una serie de los llamados «valores tradicionales». La familia, el trabajo, el ahorro, la obediencia, la religión, la moral fueron puestos en cuestión de forma unas veces radical y en otras ocasiones de forma más atemperada, pero siempre con un cierto grado de ruptura más o menos consciente con el mundo de sus mayores. Unos «nuevos valores» se fueron abriendo paso entre aquella generación: la libertad, la igualdad entre hombres y mujeres, la autonomía, la justicia social, la fe en la política, etc.

Siempre ha habido jóvenes y siempre los jóvenes han sido rebeldes. Decir esto es una perogrullada. Pero la cuestión juvenil y el planteamiento de sus problemas como grupo diferenciado dentro de la sociedad, es cosa de nuestro siglo y en nuestro país, la salida de la dictadura fue un condicionante a añadir a la situación que la juventud estaba viviendo en esos momentos en toda Europa.⁴

Mas el desencanto llegó pronto. Aquella generación, fue abandonando toda la serie de valores por los que algunos de ellos habían luchado y que habían ejercido una importante influencia sobre todos ellos. Los reemplazan por otros: la democracia, el dinero, el consumo, la buena vida. Y devienen en padres desengañados de los valores que habían hecho suyos en su juventud, ansiosos, inseguros y con cierto temor a asumir sus responsabilidades. Con falta de criterio, tratando de delegar en otros sus responsabilidades y cediendo fácilmente a los deseos y chantajes de sus hijos.

La ausencia más o menos profunda en los padres, de planteamientos éticos, sociales, políticos o religiosos les mantiene hoy maniatados frente a la educación de los hijos. Otra cosa sería la consideración de por qué aquella generación de los años 60 y 70 llegó a esta situación. La semilla de aquella siembra idealista no había llegado a echar raíces; los «valores» de la sociedad neoliberal emergente fueron ocupando las casas vacías; las nuevas y recién estrenadas instituciones políticas se fueron deteriorando y alejando del sentir de las gentes y las antiguas instituciones religiosas, culturales, etc. no llegaron remontar el reto al que estaban enfrentadas.

Quizás no esté muy lejos de la realidad la afirmación de que «en el mundo adulto y educador se empezó por querer evitar represiones, se continuó por no querer imponer ni condicionar nada y se ha acabado por la dimisión o la impotencia de no querer (o no poder, o no saber) proponer ni ofrecer ninguna forma de vida con convicción».⁵

«Que no sean como yo» ha sido la expresión de muchos padres que guardaban un mal recuerdo de la educación represiva en la que habían sido educados. «No tuvimos juventud» manifiestan otros padres, y se han visto imposibilitados de ejercer el más mínimo control educativo sobre sus hijos.

Cada día podemos percibir mejor que los jóvenes, en definitiva, son un reflejo de la sociedad de los adultos. Una sociedad a la que constantemente se le vienen por tierra los modelos que encarnaba y ofrecía, ha buscado nuevos modelos en aquellos que los jóvenes adoptaban. Vana pretensión, los jóvenes no son sino el reflejo de la sociedad adulta. No hay tanto problemas de los jóvenes cuanto problemas de la sociedad que se reflejan y emergen en los jóvenes.

Recordemos una de las tiras del humorista Quino. En la primera viñeta unos adultos pasean, y molestos por el comportamiento de unos jóvenes comentan en voz

⁴ ANDER-EGG, Ezequiel. *La rebelión juvenil*. Marsiega. Madrid. 1980.

⁵ LOZANO y SOLER, Josep M. *Los jóvenes* Documentación Social. n.95. Madrid. 1994.

alta y con amargo disgusto «Esto es el acabóse». La inefable niña Mafalda se dirige en la siguiente viñeta a los mencionados adultos y les espeta con desparpajo «Esto es el continuóse de su empezóse».

La cultura juvenil, la cultura del mercado

El mercado monta rápidamente su tenderete en todas partes. Esto ha sido siempre así desde las primitivas sociedades de trueque e intercambio. Lo novedoso en la sociedad actual es que el mercado se erige en la razón primera y última de todo. El mercado si bien no lo crea todo, sí podemos decir que tiende a manipularlo y dirigirlo todo. ¿Cómo iba a sustraerse la juventud de esta realidad?

La juventud ha sido sin duda creativa en sus movimientos, estilos musicales, modas, tendencias y gustos. Mas todo ha sido al punto absorbido por el mercado. La llamada cultura juvenil no suele ser otra cosa, en numerosas ocasiones, que una creación del mundo adulto para el consumo de los jóvenes.

Aunque suene un poco fuerte, de la explotación de la juventud vive una parte considerable del mundo adulto. La juventud se ha convertido para el mercado en la codiciada Susana del Libro de Daniel. ¿Saldrán de su seno los protagonistas que pongan en evidencia, como el joven Daniel, la falacia, el engaño y las malas artes empleados por los seductores?

Las solicitudes del mercado, en sus muy varias representaciones, impiden al joven orientarse, discernir y tomar decisiones en las diversas y cambiantes circunstancias de la vida. Si en la sociedad anterior la represión podía estar en la raíz de algunas patologías, en la nuestra es la carencia de identidad la que está atenazando de forma enfermiza a los jóvenes.

La reafirmación de la propia identidad es una característica crucial para el desarrollo de la personalidad de los jóvenes. Y esta reafirmación es buscada de una u otra forma. La «marcha», la «litrona» o el «penalti» de cerveza cuando no la droga de diseño y el botellín de agua, son los vehículos que se les ofrecen para emprender el viaje.

También en el aspecto laboral se manifiesta la supremacía del mercado. Los trabajos a destajo se han introducido con fuerza en muchos de nuestros pueblos y es la juventud, en las zonas que ésta aún existe en número significativo, la que acude masivamente a estos trabajos. Pensemos en el trabajo a destajo en el cableado eléctrico para vehículos de automoción que se realiza en la comarca de Cinco Villas.

El trabajo a destajo desarraiga totalmente a la persona. «Cuanto más hagas, más cobras» «Hoy más que ayer, pero menos que mañana». No es sólo el cansancio físico, es la misma mente de la persona la que es sometida a estrés, obligando a la persona a fijar en todo momento su atención en la cuenta de lo que va a percibir.⁶

6 WEIL, Simone. *Echar raíces*. Trotta. Madrid. 1996.

Es así como aflora luego en los jóvenes la filosofía del «carpe diem». Si el presente tan incierto es lo único que realmente tienen en sus manos, la conclusión parece coherente: «vivámoslo a tope».

Su práctica de la diversión «fuera de horas» puede ser analizada desde diversos puntos de vista. La noche de alguna manera suspende el tiempo y rompe el control social. Demuestran que están vivos y quieren vivir a pesar del conformismo en que están inmersas sus vidas. En ocasiones extremas los grupos más ultras se reafirman a sí mismos dando con saña contra un enemigo inventado. Los adultos contemplamos con incomodidad tanta desmesura olvidando que la semilla depositada no es ajena a nuestra propia responsabilidad.

La casa paterna es a la vez que un refugio cómodo y seguro la manifestación de su desvalimiento y precariedad. Por otra parte en esta sociedad técnica y tecnificada sienten la necesidad de encontrar salidas a su demanda de sentido. Sus búsquedas son ligeras, rápidas y provisionales como la práctica del «zapping» a la que se han acostumbrado ante el televisor. Cualquier «aquejarre» puede satisfacer por un momento sus demandas. Numerosos dioses les deslumbran aunque no sea más que por un instante. Son dioses vanos pero aparentemente más vitales que el ofrecido por los mayores. Y sin duda más cómodos.

Ciertamente los jóvenes no son inocentes en toda esta situación. Ellos siguen siendo los principales responsables de su propia vida. Personalmente y en grupo ellos pueden encontrar caminos adecuados para afrontar lo que es incumbencia de su propia responsabilidad. No podemos seguir hablando de los jóvenes sin preguntarnos cómo les afectan a ellos los interrogantes y problemas que nosotros señalamos. Pero tampoco debemos eludir el dejarlos frente a su propia responsabilidad.

Una mínima observación nos muestra la aparición de nuevos ideales entre los jóvenes. Aunque en el aspecto social, económico o cultural no existen claras alternativas estructuradas al modelo de sociedad en que estamos sumergidos, hemos de convenir que en ocasiones se manifiestan entre los jóvenes algún tipo de inquietudes que no por novedosas, son menos atendibles. Pensemos en la insumisión o en la objeción de conciencia. Quien haya contemplado a un joven en edad para hacer el servicio militar, que como prestación social sustitutoria, acompaña a un disminuido físico o síquico por las calles de algunos de nuestros pueblos, tendrá que convenir que algo se ha modificado de aquella mentalidad machista que se expresaba en la frase, «en la mili te harás hombre». Quien mire sin prejuicios a un joven, rural o urbano, que afronta la cárcel como consecuencia de su personal compromiso testimonial en pro de una sociedad sin armas ¿cómo podrá evitar el recuerdo de las palabras proféticas de Isaías?⁷

Pero es claro que la mayoría de los jóvenes se mueven por motivaciones más prosaicas. Mas no debemos olvidar que los adultos contribuimos a moldear las mo-

⁷ Is. 2, 4; 11, 6-9.

tivaciones y los valores de los jóvenes. Su motivación de logro está hoy día muy amonada, conscientes como son de la dificultad de desarrollar su propia personalidad en el marco del trabajo. No es extraño que los medios de comunicación y sus propias actitudes y conducta desplacen sus motivaciones hacia los patrones del consumo.

Existen pequeñas minorías conscientes del mundo que les rodea, mas éstas se encuentran en una situación de desventaja pues les toca hacer frente a todo lo que los demás ignoran o fingen ignorar como responsabilidades propias.

La tarea educativa y la pastoral con los jóvenes rurales

Nuestro mundo tiene ante los jóvenes una actitud dualista, de adulación o de rechazo. Por una parte la adulación a la juventud y a lo joven marca hoy la moda, el consumo y la forma de pensar y sentir en nuestro tiempo. Piénsese cómo la propaganda (y el negocio) ha hecho prender entre las jovencitas y las niñas el fenómeno de las «Spice Girls». En el lado opuesto existe un discurso catastrofista que quiere ver en los jóvenes la quiebra de todos los valores: delincuencia, droga, violencia en la calle, etc.

Ni la adulación ni el desprecio son modos adecuados de acercarse al mundo de los jóvenes para una tarea educativa. La adulación nos conduciría a una vana idolatría del joven; el desprecio nos llevaría a la frustración de los educadores.

Hay un tercer escollo a salvar en la tarea pastoral y educativa con los jóvenes: considerarlos como un grupo que va a ser «salvado» desde fuera, como un grupo más hundido que el resto de los grupos de la sociedad. Las encuestas constatan por el contrario que los jóvenes se sienten en el mundo menos ajenos y extraños y más felices y como en su casa que los adultos.

Rememorando una de las intuiciones del pedagogo brasileño Paolo Freire, habría que concluir que la pregunta adecuada ante la tarea educativa entre los jóvenes, no sería la de «qué hacer por los jóvenes» sino «qué hacer conjuntamente con ellos para caminar en la solución de los problemas que tenemos planteados y cómo responder a ellos y con ellos desde la palabra del Evangelio».

Dos peligros nos pueden acechar. Mantenernos constantemente en la perplejidad que produce la indecisión y falta de convicción o encastillarse en unos grados de certeza tales que impidan la búsqueda. Ambas situaciones son serios impedimentos en la tarea. «Hacer el camino con un educador desesperanzado es la peor desgracia que le puede suceder a un sujeto frágil».⁸

Las situaciones de perplejidad en las que nos vemos inmersos a la hora de abordar la pastoral juvenil en nuestros pueblos son evidentes. Se trate de catequesis

⁸ GARCÍA ROCA, Joaquín. *Constelaciones de los jóvenes*. Cristianisme i Justícia. n.62. Barcelona.1994.

de Confirmación o de los movimientos de apostolado seglar de jóvenes: Movimiento de Jóvenes Rurales Cristianos (MJRC); educadores de Junior, JAC. etc.

El reciente Proyecto Diocesano de Pastoral Juvenil presentado por la Diócesis de Barbastro-Monzón, describe muy bien la situación en que se encuentra el animador de la pastoral juvenil en su tarea: solo e inseguro cuando no desanimado; con dificultades para llevar un proceso educativo personalizado y sin saber cómo tender el puente entre la fe y la vida.⁹

El Proyecto que comentamos (al que precedió una amplia encuesta en 1994, dirigida por J. Gros¹⁰ en los pueblos aragoneses en ese momento pertenecientes al obispado de Lérida, y con la salvedad de que la encuesta se limita al hecho religioso del joven), es un primer acercamiento a la pastoral juvenil desde una diócesis aragonesa esencialmente rural.

Este Proyecto tras un muy breve análisis de los pueblos de la diócesis y de la juventud rural, presenta una lectura creyente de lo que llama «una realidad ingrata» en la que se mueve el animador de la pastoral juvenil. Lectura creyente con unas reflexiones profundas y de hondura en las que, si se nos permite, creemos habría que resaltar más y con tintes luminosos las posibilidades de futuro y esperanza en la tarea.

El mencionado Proyecto expone luego los criterios para la evangelización de los jóvenes hoy, situándose desde el ángulo de las cualidades y criterios que ha de tener el educador juvenil. Señala cinco: 1. atención a la persona concreta; 2. el agente de pastoral y el «itinerario» educativo; 3. el agente de pastoral juvenil, testigo de la fe; 4. sentido comunitario y corresponsable de la pastoral; 5. el agente de pastoral y la espiritualidad. Temas bien desarrollados en los que echamos en falta (en el punto 2), una mayor consideración de la importancia del grupo en el proceso educativo y evangelizador (grupo de análisis, grupo de acción, de revisión y de oración), y una mayor atención a la realidad de la vida de los pueblos en la que se mueven los jóvenes. Proyecto sin duda esperanzador.

La pastoral con los jóvenes, una parte del todo

Señalábamos anteriormente cómo la vida de los jóvenes es, en gran medida, un reflejo del mundo de los adultos. Decíamos que no hay tanto problemas de los jóvenes cuanto problemas de la sociedad que se reflejan y emergen en los jóvenes.

Si bien es verdad que hay temas que a los jóvenes les preocupan especialmente tales como la fiesta, la amistad, el amor, la diversión..., el joven no vive sólo estos

⁹ «Nuestra Pastoral y los Jóvenes». Diócesis de Barbastro-Monzón.

¹⁰ GROS POMAR, Javier. *Encuesta Aproximación al hecho religioso del joven*. Delegación de Pastoral Juvenil de la Vicaría de la Zona de Aragón. Diócesis de Lérida. 1994

aspectos sino que vive en un medio, en nuestro caso su pueblo, su comarca, el mundo rural, que han configurado y moldeado su vida desde la infancia. En la actualidad una pedagogía más activa no ha traído sino beneficios en este sentido. Basta con ver los cuadernos y periódicos escolares, muchos de los trabajos que los niños realizan en sus grupos de catequesis parroquial, las mismas celebraciones eucarísticas especialmente adaptadas para ellos, para comprobar cómo los chavales, en muchos lugares, van creciendo con una mayor sensibilidad hacia el mundo cercano que les rodea.

Es así como los chicos y chicas jóvenes de nuestros pueblos viven sus mismos problemas mas específicamente juveniles enmarcados en un medio y un contorno. Una educación y una pastoral centradas exclusivamente en la consideración de los temas festivos y afectivos, a nuestro parecer, impedirían un desarrollo armónico de sus personas y podrían ser una dificultad para su incorporación madura a la vida.

La evangelización ha de dirigirse a personas en un entorno concreto. «La misma acción del Espíritu que ‘trabaja’ a las personas y anima su crecimiento ha de ser una espiritualidad encarnada, enraizada en todas las dimensiones de la realidad, tanto íntima como social: afectividad, ocio, estudio... es por tanto, una espiritualidad que parte de la vida y vuelve a la vida transformando la realidad».¹¹

Dimensiones de la realidad y de la vida del joven son la afectividad, el ocio, el estudio, la familia, el trabajo temporero o a destajo, los problemas del campo, del pueblo, de la comarca. El abordarlos mediante un análisis adecuado, mediante acciones a su medida, con el impulso que da la vivencia de la fe cristiana, según la medida con la que cada uno está dispuesto a acogerla, no es ciertamente sencillo, pero en modo alguno podemos decir que es imposible.

Introducirse con los jóvenes en este proceso será mucho más difícil cuando en el pueblo no existan grupos de adultos en los que los jóvenes puedan ver un reflejo de estas vivencias y compromisos que se les proponen. Unos pueblos y un mundo rural desvertebrados, con adultos incapaces de emprender tareas comunitarias de tipo cooperativo, sindical, etc., hará mas difícil el camino y crecimiento de los jóvenes.

Lo mismo podemos decir en cuanto a la evangelización. Es la comunidad quien juega un papel privilegiado en el anuncio del Evangelio. Una comunidad, movida por el Espíritu, más o menos numerosa, es la punta de flecha que puede orientar el caminar de los jóvenes y prestarles un acompañamiento imprescindible.

Una comunidad cristiana a la que ellos puedan incorporarse y participar en sus celebraciones como en algo propio. Una comunidad parroquial animada en la medida de lo posible, por estos cristianos más conscientes que allanen el camino a los jóvenes. De ahí que preferiríamos hablar de eucaristías con los jóvenes mejor que de eucaristías para los jóvenes, sin negar la utilidad de alguna celebración propia de ellos.

¹¹ Diócesis de Barbastro-Monzón. Doc.cit. Criterio 5.